

La Biblia en España, de George Borrow

(Alianza editorial. Madrid. 1970)

En todo ese tiempo no habíamos vuelto a ver a nuestro cochero, y ya estaba yo hartamente convencido de que nos había abandonado definitivamente, cuando, pasados unos minutos más, le vi venir tambaleándose calle arriba, borracho, y empeñado en cantar *La Marsellesa*. Sin decirle nada, me puse a observarlo. Estuvo un rato mirando fijamente a las mulas y mascullando disparates inconexos en francés. Al cabo dijo: "No estoy tan borracho que no pueda guiar"; y tomando a las mulas por el ramal, echó a andar hacia la puerta. En cuanto salimos de la ciudad intentó repetidas veces, sin conseguirlo, montar en la mula más pequeña, que iba ensillada; al fin se salió con la suya, y en el acto emprendimos, camino abajo, una carrera desenfundada. Llegamos a un sitio donde arrancaba un carril angosto y pedregoso; echando por él, nos ahorrábamos el rodeo que, en otro caso, habríamos de dar en torno de los muros de la ciudad antes de salir al camino de Lisboa, que cae al Noreste. El cochero dijo: "Voy a tomar el carril, y en un minuto alcanzaremos a esa familia"; y en él entramos, efectivamente. Apenas tenía anchura bastante para dar el paso al carruaje, y era, además, muy escarpado y quebrado; avanzamos subiendo y bajando, con mucho crujir de ruedas y unas sacudidas tan violentas, que corríamos peligro de vernos lanzados como por una honda. Comprendí que de continuar en el coche, se haría pedazos con nuestro peso, y dirigiéndome al cochero en portugués, le mandé parar; pero el hombre fustigó y espoleó a las mulas con más brío. Entonces, mi criado me suplicó por el amor de Dios que le hablase en francés, pues si algo podía apaciguarle, era eso. Seguí el consejo, y le rogué que nos permitiese apearnos y andar hasta la salida del sitio peligroso. El resultado confirmó las previsiones de Antonio. El cochero paró instantáneamente y dijo: "Señor, usted es el amo; no tiene más que mandar y lo obedeceré." Nos apeamos y fuimos andando hasta la carretera, donde volvimos a montar.

Apenas ocupamos nuestros asientos, el cochero lanzó las mulas a galope tendido, con idea de alcanzar a la familia, que nos llevaba como un cuarto de milla de ventaja. La capa se le escurrió de los hombros, y al

querer ponérsela de nuevo, soltó el ramal con que guiaba a la mula más alta; la cuerda se le enredó en las patas al pobre animal, que cayó pesadamente de cabeza al suelo; después de patalear un poco, la mula quedó tendida cuan larga era, atravesada en el camino, con las varas del carruaje sobre las costillas. Yo salí despedido contra el lodo, y el borracho del cochero cayó sobre el cuerpo de la mula muerta.

El suceso me enfureció, y comencé a gritar: "¡Borracho! ¡Renegado! Que hasta te avergüenzas de hablar la lengua de tu país; ahora que has destruido el sostén de tu vida, ya puedes morirte de hambre." "*Paciencia*", me contestó, y empezó a dar patadas a la mula en la cabeza, para hacerla levantar; de un empujón le aparté de allí, y tomando la navaja que se le había caído del bolsillo, corté los tiros del carruaje, pero la vida había volado y el velo de la muerte empañaba ya los ojos de la mula.

(págs. 70-72)

Un muchacho de unos trece años, muy guapo, llegó de la ciudad corriendo como una liebre; se detuvo ante la mula muerta, y rompió a llorar. Era hijo del cochero, y sabía por Antonio lo sucedido. Aquello era demasiado para el pobre hombre; acudió a su hijo, diciéndole: "No llores. Nos hemos quedado sin pan; pero Dios lo ha querido. ¡La mula se ha matado!" Se dejó caer después al suelo, lanzando lastimeras quejas: "Yo hubiera sobrellevado esta pérdida -decía-, pero el ver llorar a mi hijo, me vuelve loco." Le socorrí con algún dinero, y le dije algunas palabras de consuelo. Le aseguré que si dejaba la bebida era indudable que Dios se apiadaría de él y le remediaría. Por fin se tranquilizó un poco, y después de colocar las maletas en el coche, volvimos a la ciudad, donde aguardaban nuestra llegada a la posada dos excelentes mulas de paso. No vi a la española, y por eso no pude decirle de cuán poco me había servido el romero en aquel caso.

Algunos borrachos he conocido en Portugal, pero, sin excepción, eran individuos que, después de viajar fuera de su tierra, como aquel cochero, regresaban llenos de desprecio hacia su patria y manchados con los peores vicios de los países donde habían vivido. A mis compatriotas que por acaso lean estas líneas, les recomiendo vivamente que si su destino los lleva a

España o Portugal, no tomen a su servicio ni traten individuos de las clases bajas que hablen otra lengua que la suya materna, porque muy probablemente serán bandidos desalmados o borrachos. Invariablemente, estas gentes dicen de su país natal todo el mal posible; y yo tengo la opinión, fundada en la experiencia, de que un individuo capaz de tal bajeza no vacilará en cometer cualquier villanía, porque después del amor a Dios, el amor a la patria es el mejor preservativo contra el crimen. Quien se enorgullece de su patria tiene especial cuidado en no hacer cosa que pueda deshonrarla."

(págs. 72-73)